

VALERA, ADMIRADOR DE FRANCIA EN SUS NOVELAS

LUIS LÓPEZ JIMÉNEZ

*Para Daniel Poyán Díaz,
por su afecto, por el mío.*

Sobre las ideas de Valera referentes a Francia, ha dado luz su epistolario, aún no completo, y algunos estudios.¹ El presente trabajo se limita a las novelas de Valera, seleccionando citas y aspectos, para atenernos al espacio atribuido.

La admiración de don Juan Valera a Francia se centra, a mi juicio, en las dos cualidades más salientes de la personalidad del escritor: el hedonismo y la inteligencia. Siempre afloraba en él el hedonismo, su voluntad de vivir gozando. Goce de todos los sentidos, sin olvidar el paladar: cuando era embajador en Washington encargaba en París *foie-gras* y vinos franceses.² En donde parece menos exigente es en compartir con otros su disfrute sensual y sexual con mujeres.

En París, según Valera, «no sólo los sentidos estéticos, o sea la vista y el oído, sino también los otros tres sentidos, se educan y se perfeccionan», escribe en una larga y elogiosa digresión sobre Francia, perteneciente a su novela *Genio y figura* (1897). Recordemos su especificación, toda referente a París:

«El olfato se adiestra para atinar con los perfumes distinguidos y para no confundirlos con los que sahuman o aromatan a la gente ordinaria [exquisitez de don Juan, olvidada a veces en su correspondencia íntima]; el tacto adquiere perspicacia asombrosa para reconocer y disfrutar lo suave, aterciopelado, tibio y matoroso [discreto don Juan, que no da ejemplos, y pone el artículo neutro, pero piensa en el cuerpo femenino, por-

1. El más reciente, la tesis doctoral de Bernardo Moreno Carrillo, *Valera y Francia* (Facultad de Filología de la Universidad Complutense, 1988), cuyo contenido, a pesar de ocupar ochocientas páginas, no agota el título.

2. Luis López Jiménez, *El Naturalismo y España. Valera frente a Zola*, Madrid, Alhambra, 1977, p. 179.

que nos obsequia su sabiduría de la lengua española con el adjetivo "madoroso", muy revelador; dice la Academia del sustantivo *mador*: "Ligera humedad que cubre la superficie del cuerpo humano, sin llegar a ser verdadero sudor"; y el paladar, por último, deja de estar embotado por los groseros guisotes patrios, se limpia y se despeja y llega a penetrarse de cuantos deliciosos sabores dan a sus guisos los más inspirados cocineros del mundo.»³

Por lo dicho, la cocina española no había avanzado mucho de la de hacía medio siglo largo, descrita por P. Mérimée y Th. Gautier. En cambio, alaba el arte de cocinar de Juana la Larga, por imitar o realizar platos dignos de Francia.⁴

Don Juan Valera estimaba especialmente la elegancia y la moda francesa. Para elogiar el arte como modista de Juana la Larga, menciona a Worth y Doucet,⁵ dos creadores de moda del Segundo Imperio.

En *Genio y figura* nos da una breve guía para vestir con elegancia, casi todo importado de París, por supuesto:

«Pero Rafaela [...] deseosa de que don Joaquín estuviese [...] *chic* [...] hizo que le tomasen las medidas y escribió a París y Londres encargándole ropa [...]. Como por los pantalones era por donde más había claudicado [la ironía no abandona a Valera], mandó Rafaela que se los hiciese en adelante un famoso sastre especialista, *culottier*, que por entonces había en París, rue de la Paix, llamado Spiegelhalter. De los fraques y de las levitas se encargaron en competencia Cheuvreuil, en París, y Poole, en Londres [que vestía a P. Mérimée, otro "dandy"]. Las camisas, bien cortadas, sin bordados ni primores de mal gusto, pero también sin buches, vinieron de las mejores casas parisienses que a la sazón había. [...] Y, por último, como Rafaela aspiraba a que todo estuviese en consonancia, hizo venir de París el calzado de don Joaquín.»⁶

La vasta cultura de Valera comprendía amplios conocimientos de la historia de Francia; en sus novelas se manifiestan con mayor amplitud: la Revolución francesa y la guerra franco-prusiana de 1870. Lo demás, son rápidas alusiones, por ejemplo: unas láminas bilingües (que intervienen en el fuerte erotismo implícito de la novela), del casino del pueblo de *Pepita Jiménez*, representando «los galanteos, travesuras, caídas y arrepentimientos de Luis XIV y la señorita de La Vallière»; referencias, nacidas en la imaginación eroti-

3. Juan Valera, *Genio y figura* (1897), en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 5.ª ed., 1968, t. I, p. 673.

4. *Juanita la Larga* (1896), en *O.C.*, cit., p. 635.

5. *Ibid.*, p. 635.

6. *Genio y figura*, en *O.C.*, cit., p. 639.

zada de don Luis de Vargas, a mujeres «ligeras, coquetas, alegres, llenas de aristocrática desenvoltura, como las damas del tiempo de Luis XIV»;⁷ alude también a la guerra de Sucesión y al sitio de Gibraltar de la misma, a la guerra del Rosellón y a la guerra de la Independencia, «timbre y servicios» de los Mendoza⁸ que unas veces luchan a favor, otras en contra de Francia, pero en definitiva —se deduce— sin otro provecho para la familia (símbolo de España), y menos aún el provecho material; en cualquier caso, Valera no hace a los franceses responsables de una política, acaso justificada por las circunstancias, pero descalabrada; alude asimismo a Napoleón I, cuya vida es representada también en litografías del citado casino del pueblo de *Pepita Jiménez*, «desde Tolón a Santa Elena».⁹ Antes tuvo lugar la Paz de París, y no es inoportuno recordar lo que dice Valera en *El Comendador Mendoza* (1877):

«El rey Carlos III, después de la triste paz de París, a que le llevó el desastroso *Pacto de Familia*, trató de mejorar por todas partes la administración de sus vastísimos Estados.»¹⁰

Las cosas en su sitio: «triste Paz de París» y «desastroso *Pacto de Familia*» de Carlos III, sin paliativos, y también sus aciertos, especialmente en Madrid.

Trata de la Revolución francesa en *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875), donde se dice que un célebre Comendador Mendoza «había estado en Francia en tiempos de la gran Revolución» y se distinguió por su impiedad. Asimismo se hace eco del fenómeno sociológico de la huida de los perseguidos, de esta manera:

«Un discreto sacerdote francés, de los muchos que durante la Revolución emigraron, vino a parar a Ronda y fue el maestro de doña Ana, enseñándole su idioma y bastante de historia, geografía y literatura, y haciendo de ella un prodigio de erudición, para lo que entonces solían saber en España las mujeres.»¹¹

En la novela titulada *El Comendador Mendoza*, el protagonista declara inicialmente, en carta al P. Jacinto:

«Figúrese usted cuánto me encantaría la Revolución francesa y su Asamblea Constituyente, que propendía a realizar estos principios míos: que proclamaba los derechos del hombre.»¹²

7. *Pepita Jiménez* (1874), en O.C., cit., pp. 16, 175.

8. *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875), en O.C., cit., p. 213.

9. *Pepita Jiménez*, en O.C., cit., p. 162.

10. *El Comendador Mendoza* (1877), en O.C., cit., p. 372.

11. *Las ilusiones del doctor Faustino*, en O.C., cit., pp. 10, 13.

12. *El Comendador Mendoza*, en O.C., cit., p. 376.

Puede aceptarse como idea del Valera «liberal» esta conclusión; y hay que aceptar como pensamientos suyos los vertidos en el largo párrafo de la misma novela, condenando la iniquidad y la sangre vertida. Por brevedad, entresacamos las frases más salientes:

«Los apóstoles de la nueva ley me parecieron, en su mayor parte bribones infames o frenéticos furiosos, llenos de envidia y sedientos de sangre. Vi al talento, a la virtud, a la belleza, al saber, a la elegancia, a todo lo que por algo sobresale en la Tierra, ser víctima de aquellos fanáticos o de aquellos envidiosos. [...] Todo estaba trocado: la brutalidad se llamaba energía; sencillez, el desaliño indecente; franqueza, la grosería, y virtud, el no tener entrañas para la compasión.»¹³

En su obra novelesca y no novelesca¹⁴ cita la guerra franco-prusiana de 1870; la novela con más referencias a Francia, *Genio y figura*, contiene estas líneas que constituyen un verdadero canto al genio francés; he aquí lo esencial:

«Vencida Francia, despojada de ricas provincias, desquiciado el primer [errata por "Segundo"] Imperio entre anárquicas convulsiones y cruelmente mutilada ella [...] no decayó, permaneciendo robusta y firme en medio de tantos males y conservando su poder y su riqueza gracias a la constancia y a la energía de sus hijos. La fertilidad de su suelo y, más aún el talento de los que en él nacen y viven para todas las artes [...] su industria, su comercio, su fecunda habilidad para producir objetos de lujo y de regalo y su virtud económica para crear riqueza y para conservarla, todo esto concurrió a que Francia siguiese siendo [...] la más querida, la más admirada, la más respetada y, fuera de Inglaterra, la más rica nación de Europa. Francia siguió dando la moda, enseñando la elegancia y siendo escuela y centro de toda cortesía. La más brillante antorcha de la moderna cultura se diría que siguió ardiendo en París y que desde allí iluminaba al mundo.»¹⁵

Largo párrafo en el que no aparece el irónico Valera, ni el tantas veces ambiguo. Empieza en elegía y termina en oda.

Algunas citas aisladas de objetos franceses, pero significativas, se encuentran, por ejemplo, en su primera novela, *Doña Luz*, «una chimenea francesa mejor construida que las otras que había en la casa»;¹⁶ Valera demuestra así que no le duelen prendas para reconocer superioridades francesas. Señalemos, de paso, la poca atención que presta en su obra total a las artes plásticas y a la música, casi nula en lo que respecta a Francia.

13. *Ibid.*, p. 377.

14. L. López Jiménez, *op. cit.*, pp. 160-161.

15. *Genio y figura*, en *O.C.*, cit., p. 672.

Nuevo tópico, no desprovisto de realidad: París es centro de cortesanas de lujo, y lo sabe Juanita la Larga, por lo que responde al cacique, aunque instruido, del pueblo:

«¿Si yo fuese en realidad una perdida o tuviese inclinación a serlo, me cree vuestra excelencia tan estúpida que ignore lo que valdría y lo que alcanzaría si a tal oficio me dedicase? [...] en vez de quedarme aquí [...] me hubiera ido a Madrid, a Barcelona, quién sabe si a París, donde se entiende lo que es hermoso y elegante y se paga bien cuando se pone a la venta.»¹⁷

Por lo que no pasa Valera es por el desprecio que supone sobrevalorar lo francés:

«Acostumbrado Arturito a las exquisiteces, primores y alambicadas quintaesencias de las mujeres de París, volvió muy desdichoso, encontrando a sus compatriotas feas, zafias y mal vestidas.»

Por lo que la española Rafaela se propuso «vindicar al Brasil [...] su patria adoptiva», seduciéndole y haciéndole reconocer

«que ella era por todos estilos más guapa que cuantas mujeres habían ido a cenar con él en el café Inglés, en la Maison Dorée».¹⁸

París despertaba atracción, que nunca ha desaparecido:

«Las gentes de otros países de Europa, y más aún las de América, si tienen medios para ello, acuden a París. [...] Allí crecen [errata por "creen"] las mujeres que sobre las prendas que en el suelo natal debieron a la Naturaleza van a adquirir otras prendas artísticas [...] con las cuales pasmarán a sus compatriotas. Los mancebos que van allí [...] imaginan que van a probar alambicadísimos deleites [...] y que van a trocar su primitiva rudeza [...] que parecerán otros [...] y los hombres inclinados a las ciencias, a las letras o a las artes que van a dar [a] su educación los últimos y más delicados toques y van a hacerse dignos y capaces de la gloria.»¹⁹

El párrafo abunda en ironía. No asoma, en cambio, ninguna ironía cuando Valera cita a Víctor Hugo, que califica París de «corazón y cerebro del mundo».²⁰

Alguna alusión se encuentra en *Genio y figura* a la lengua francesa:

16. *Doña Luz* (1879), en *O.C.*, cit., p. 47.
17. *Juanita la Larga*, en *O.C.*, cit., p. 623.
18. *Genio y figura*, en *O.C.*, cit., p. 653.
19. *Ibid.*, p. 672.
20. *Ibid.*, p. 653.

«El francés sigue siendo, por donde quiera, la lengua diplomática y el idioma universal de los refinados y de los ilustrados.»²¹

Por lo que don Juan comprendería hoy su retroceso, igual que explicaba que unos ricos brasileños, pero «ordinarios y medio salvajes», sólo «chapurreaban el francés».²²

Valera leyó literatura francesa ampliamente, desde Montaigne en adelante. Rafaela, de *Genio y figura*, declara ser «franca admiradora» de la literatura francesa, y en un claro trasunto de lo que piensa Valera, añade:

«Me parece esta nación fecundísima en ingenios de toda clase [...] a fin de no tropezar y conseguir que la tal admiración salga rodando por el suelo, me he abstenido de buscar la sociedad literaria parisiense. Al conocer los libros, he conocido lo más noble, depurado y selecto de cada autor. ¿Para qué conocer lo restante? [...] ¿Quién me asegura que los escritores franceses no sean presumidos y fatuos? ¿Qué necesidad tengo yo de extremar mis amabilidades y de hacer esfuerzos para insinuar en la mente de esos señores que no soy una salvaje, que estoy al nivel de ellos, que comprendo sus profundidades y sutilezas.»²³

En estas líneas se manifiesta el orgullo y dignidad de don Juan. Saca a colación a Montaigne, espíritu afín al suyo, y por eso uno de los predilectos siempre de Valera, cuando defiende la moralidad de *Genio y figura* en la postdata:

«sirva también como excusa lo que dice el señor de Montaigne de que los viejos andamos siempre desabridos y melancólicos y necesitamos más que nadie de tomarnos algunas licencias, meramente especulativas [¿se puede creer en él tanta inocencia?], a fin de desopilar el bazo».²⁴

Cita del siglo xvii a Descartes en *Las ilusiones del doctor Faustino*, para señalarlo como lectura del cura Fernández, «aunque tomista y escolástico».²⁵ Entre los predicadores, figuran en la misma novela, leídos por doña Ana, Bossuet, Massillon y Fénelon, cuyas obras «eran como el contraveneno de los libros del comendador Mendoza».²⁶ El preceptista Boileau y los trágicos Corneille y Racine son lecturas de doña Ana a quien, a pesar de ello, «le encantaban —añade Valera para contrarrestar y demostrar la cultura de su persona-

21. *Ibid.*, p. 672.

22. *Ibid.*, p. 702.

23. *Ibid.*, p. 690.

24. *Ibid.*, p. 712.

25. *Las ilusiones del doctor Faustino*, en *O.C.*, cit., p. 199.

26. *Ibid.*, p. 222.

je— los poetas españoles más conceptuosos, sobre todo Góngora y Calderón».²⁷

El evocado a veces como «dieciochesco» don Juan Valera, no cita de ese siglo más que a sus preferidos Voltaire y Chénier, junto a su detestado Rousseau y al filósofo Condillac.²⁸ A don Fadrique, de la novela *El Comendador Mendoza*, «le encantaba» Voltaire y «sus obras más impías le parecían un eco de su alma»,²⁹ del que participaba algo el alma del propio Valera con sus meandros de incredulidad y fe.

En cambio, de Rousseau, cuyo sentimentalismo e ideas repelen al frío y aristocrático Valera, dice, identificándose con el personaje:

«El carácter burlón y regocijado de don Fadrique se avenía mal con la misantropía tétrica de Rousseau.»³⁰

Su muy admirado André Chénier, cuya muerte en la guillotina acentuaría el rechazo de Valera a la Revolución de 1789, aparece con motivo de un personaje, Carlos, poeta en *El Comendador Mendoza*:

«Los versos [de Carlos] le parecieron regulares, no inferiores a los de Meléndez [Valdés], aunque ni con mucho tan buenos como los de André Chénier.»³¹

El siglo XIX es el más representado entre los autores citados en las novelas de Valera. Dos poetas románticos: Hugo y Musset. De Hugo ya hemos hablado; aún le nombra junto con Flaubert, quienes los «peregrinos de la cultura» —reparemos en la ironía— recibirían el «mayor encanto» de poder hablar con uno y otro.³² La cita de Musset es de interés para el comparatismo. Escribe Valera en *Doña Luz* (1879):

«Recostada lánguidamente en una butaca, leía, ya en éste, ya en otro, de dos libros que tenía al lado. Eran Calderón y Alfredo de Musset. Doña Luz andaba estudiando y comparando cómo aquellos dos autores habían puesto en acción dramática la misma sentencia: *No hay burlas con el amor y On ne badine pas avec l'amour.*»³³

No deja de ser curioso que el novelista que ocupa más su atención en las novelas de Valera es Eugène Sue (1804-1875), aunque por política más que por literatura.³⁴

27. *Ibid.*, p. 214.

28. *Ibid.*, p. 199.

29. *El Comendador Mendoza*, en *O.C.*, cit., p. 373.

30. *Ibid.*

31. *Ibid.*, p. 382.

32. *Genio y figura*, en *O.C.*, cit., p. 673.

33. *Doña Luz*, en *O.C.*, cit., pp. 47-48.

34. *Las ilusiones del doctor Faustino*, en *O.C.*, cit., p. 310.

A Dumas hijo, le dedica más atención que al padre:

«mi novela [*Genio y figura*] va directamente contra una teoría, hoy en moda, y que ha popularizado *La dama de las Camelias*, en novela, drama y ópera; la redención por el amor, entendiéndose por amor el humano y sexual, ineficacísimo, por sublime y apasionado que sea, para limpiar de ciertas manchas que sólo Dios perdona por su misericordia infinita, pero que la sociedad no puede perdonar ni perdona nunca».³⁵

Así, Alejandro Dumas hijo da lugar a hacer profesión de ortodoxia a don Juan, tan fluctuante toda su vida en materia religiosa. Por otro lado, suprimiendo el aspecto religioso, se alinea con Zola, para el que el amor no redime a la cortesana.

Cita a Renan como una de las personalidades célebres de la época que darían a los «peregrinos de la cultura» honra «superfina y disparatada» al ser recibidos por él.³⁶

Considero que la imagen de un país en la literatura de otro debe tener en cuenta los empréstitos lingüísticos. Es un capítulo que espera ser incluido en la Literatura Comparada. Sólo puedo enunciarlo ahora.

Aquí dan fin estas notas. Clarín, con ser quien era, dijo de sí mismo: «Hablar de Valera es exponerse a no acertar.»³⁷ Sin embargo, constituye un estímulo. El trato con el escritor más sutil y a veces desconcertante de nuestro siglo XIX merece la pena correr el riesgo.

35. *Ibid.*, p. 38, y *Genio y figura*, en *O.C.*, p. 710.

36. *Ibid.*, pp. 673, 712.

37. L. López Jiménez, *op. cit.*, p. 316.